

BALDOMERO GALOFRE



CARRETA ASTURIANA

y primores; os mostrará con entusiasmo los artículos críticos que lo han ponderado. Tanta ingenuidad choca á los espíritus ligeros, hasta el punto de confundirla con una vanidad que no existe. Lo que allí hay, — si no un gemido mal dominado por dolores que tal vez nos oculta, pero que creemos adivinar, — es la ingenuidad de los fuertes, la candidez de los buenos, la franqueza del convencido, la distracción del enamorado, más tolerables para mí, que la solapada afectación de muchas medianías que exteriormente irán por estos mundos de Dios haciendo gala de modestos, cuando vistos por dentro no son más que pellejos de viento. Al fin y á la postre, quien tenga las cualidades de Galofre, puede con justicia estar orgulloso. ¿Quién al ver sus obras no se lo explicará todo? Fuerza, empuje, poesía, sentimiento, elegancia, vida, habilidad, espontaneidad, están clamando: «Aquí hay un artista de veras; tan franco, tan sincero, tan leal como el hombre. — NARCISO OLLER.»

*El Globo (Madrid, año 1887).*

«Podrá ser todavía una utopía ó un anhelo más ó menos realizable la descentralización política y administrativa, pero la artística y literaria es ya un hecho.

De ello atestiguan, en punto á literatura, los primeros novelistas españoles; por lo que respecta al arte, es una prueba viviente, una más entre muchísimas otras, el notable pintor de quien damos hoy el retrato y la biografía.

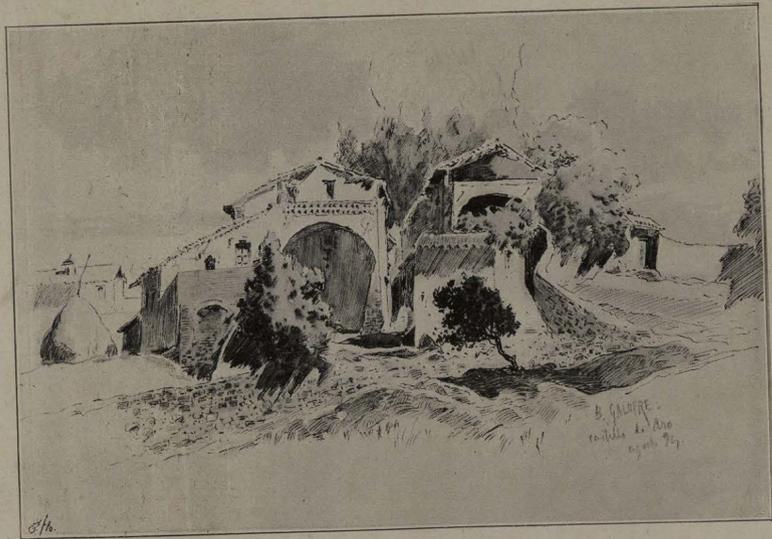
Apenas si habrá en Madrid, fuera de los aficionados é inteligentes, quien conozca á Galofre, y, sin embargo, ese artista ha cooperado y coopera en grado preferente á la gloria de España.

Su firma y sus cuadros se cotizan al más alto precio y desde hace largos años, en los mercados extranjeros.

Bien lo sabíamos nosotros de mucho tiempo á esta parte; pero aun hubiera tardado el público en saberlo, á no ser por la *Exposición* de sus obras de arte, celebrada á fines de 1886 en la sala Parés de Barcelona.

Fue aquello una revelación, gracias á la cual y á los periódicos ilustrados que reprodujeron buen número de los cuadros y estudios expuestos, se enteró España toda de que era Galofre uno de sus predilectos hijos.

Figuraba en la *Exposición* referida lo que un poeta hubiera llamado *toda la lira*; lo que el pintor podía llamar *toda la paleta*. Cuadros al óleo, grandes y pequeños; tablas, bocetos, apuntes del natural, dibujos al lápiz,



al carbón, á la pluma, aguadas, etc. Había allí de todos los géneros, de todos los estilos, de todos los gustos; pues Galofre demostraba sus aptitudes varias, así para la historia como para el género, lo mismo para la marina que para el paisaje, tanto para la gran pintura cuanto para el cuadro de caballete. Hasta para complemento se manifestaba acreedor á un puesto de los mejores entre los animalistas.

La admiración fué unánime, y tradújose en un riquísimo presente. El señor Galofre recibió una magnífica paleta orlada con un laurel de plata, en cuyo campo habían puesto sus firmas las autoridades civiles y militares, las eminencias literarias y artísticas, y los más distinguidos periodistas de Barcelona.

Claro es que los artistas, sobre todo cuando aún no han pasado de la juventud, carecen de biografía.

Presentaremos no obstante á Baldomero Galofre, toda vez que hasta hace poco era punto menos que un extranjero en su patria.

Nació en Reus. Su familia honradísima y acomodada no pensaba destinárle á la pintura; pero la vocación del niño empezó á señalarse á los siete años, y tanto y de tal modo se acentuó, que hubo al fin necesidad de transigir con ella.



Marchóse, pues, á Barcelona, y allí comenzó sus estudios bajo la dirección de don Ramón Martí, continuándolos luego, aunque por corto tiempo, en la Academia de Bellas Artes. En ésta obtuvo el premio de paisaje, con el cual se inició la serie de sus primeros juveniles triunfos.

Con los éxitos crecieron las aspiraciones, y Galofre se decidió por último venir á Madrid, á donde llegó en 1870, con 20 duros y unos 600 dibujos que posteriormente le fueron robados.

Tres años pasó en el Museo, copiando y aprendiendo, mas sin descuidar, por la contemplación de las grandes obras de arte, la no menos útil y grandiosa de la Naturaleza. Así aplicaba los recursos debidos á su trabajo, á recorrer ambas Castillas, en constantes expediciones de que tiempo andando había de sacar provechoso fruto.

Optó en 1873 á una plaza de pensionado, en la Academia de Roma, fundada aquellos días por nuestro ilustre jefe el señor Castelar; pero al decidirse la oposición, hubo empate entre él y Jaime Morera. Encomendada la resolución á la suerte, pues el Jurado no quería pronunciarse ni por el uno ni por el otro, fué vencido nuestro biografiado. Mas, tal estima inspiraba su reconocido mérito, que para él se creó otra plaza; merced á lo cual pudo trasladarse á Roma.

En la capital de Italia acabó de formarse nuestro artista. La mejor prueba de ello es que, aun no transcurridos dos años, el famoso comerciante en cuadros, Goupil, le compró á respetable precio cuanto tenía en su estudio.

Allá en Roma, donde había estrechado una afectuosa amistad con su ilustre paisano Fortuny, de quien fué apasionado admirador y discípulo, permaneció hasta 1884.

En tal fecha, y con motivo de la pérdida de su madre, volvió á España y á su querida Cataluña.

No tardará en abandonarla de nuevo, pues todas sus aficiones le llaman á Italia; pero ya ahora habrá de quedar sujeto por afectos y vínculos gloriosos al suelo nativo.»

*Fortunio (Nápoles, año 1889). (Traducción del italiano).*

«Completamente abstraído en la idea de una grandiosa creación artística, siempre entusiasta por su idolatrada Italia, Baldomero Galofre ha permanecido cuatro meses entre nosotros, trabajando en las dulcísimas soledades de Sorrento. Allí, en medio de frescos bosquecillos de naranjos, de festones verdeguantes, entre la alegre tranquilidad sorrentina, el ardiente pintor español ha temperado el espíritu, fatigado por las largas y victoriosas batallas del arte.

Al saludar á Galofre, que hoy se aleja ya de nosotros, podemos enor-



gullecernos, si el plácido ambiente de nuestro país y la esplendidez de sus paisajes han vigorizado la inspiración y los alientos de uno de los más esforzados artistas europeos. Presunción es ésta que la tradición ha salvado de la catástrofe de nuestras prerrogativas.

A bien que, para Baldomero Galofre, Italia es casi una segunda patria; residió en Roma de 1873 á 1886, trabajando al lado de Fortuny, del cual parece derivación viviente, y no hay rincón de Italia desconocido para él, que los ha recorrido y admirado todos; admiración tan compenetrada en su sér, que cuando no está entre nosotros asálale fuerte nostalgia: la de la Italia distante.

En Galofre, la adoración por Italia no se confunde con la imitación de nuestras escuelas y de los ingenios que les dieron vida. Los grandes predecesores de ese artista, fervientes admiradores de las bellezas de nuestro suelo, formáronse en la escuela de nuestros pintores, y quien de ellos recuerda las suavidades rafaelianas, quien la osadía sorprendente de Miguel Angel de Caravaggio, quien las acariadoras morbideces del Correggio, quien el colorido profuso del pintor de Verona, quien la natural sencillez del Vecellio: pero Galofre, al paso que ama de Italia las bellezas, quiere asimismo la verdad en el arte. No hay para él escuela, género ni mecanismos especiales. En el dibujo, refléjase su gusto depurado, su experiencia; en el colorido, su visión exacta de la realidad; la inspiración es producto de su refinada cultura, de su natural ingenio, de su sentimiento exquisito, porque representa la excitabilidad del temperamento artístico en presencia del natural.

Así, vese de Galofre, ora un cuadro grandioso, en el cual personas y trajes revelanse en su más estética evidencia, como en la *Feria* ó en los *Saltimbanquis*; ora un paisaje profundamente sentimental, como la *Playa de Nápoles*; ora una mística visión, dulcísima como el *Ave María*; ya un admirable estudio de caballos, como en *Un caso de gitanos*; ó bien una plácida remembranza de la región natal: estudiado, visto, comprendido todo con el mismo *amor*, con igual fuerza de reflexión, con la intuición pronta y penetrante del hombre de gusto. No le basta á Galofre que un hecho sea maravilloso, es indispensable que sea verdadero; para convertirlo en maravilloso, sabe él muy bien que sólo ha menester hacerle pasar al través de su talento y de su percepción artística. Galofre es además un soberbio representante del naturalismo pictórico, y por esto precisamente resulta prodigiosa la rapidez de su visión y extraordinario el modo que tiene de traducirla plásticamente.

Cuanto á esta forma de traducción, Galofre no siente preferencias: tanto la pintura al óleo como la acuarela, el temple como el carbón, la pluma como el lápiz, para él tienen igual valor, y conoce á la perfección sus resortes y los maneja á voluntad, para no dar lugar á suponer, como creen algunos, que el valor del artista adquiere mayor ó menor importancia según sean los medios de que se vale. La diferencia, en todo caso, podría consistir tan solamente en la manera de emplear un medio con preferencia á otro; pero Galofre posee el secreto de todos, y así resultan sus acuarelas maravillosas, al igual que sus cuadros al óleo, y sus dibujos á pluma tan efectistas cuanto sus espléndidos *fusins*.

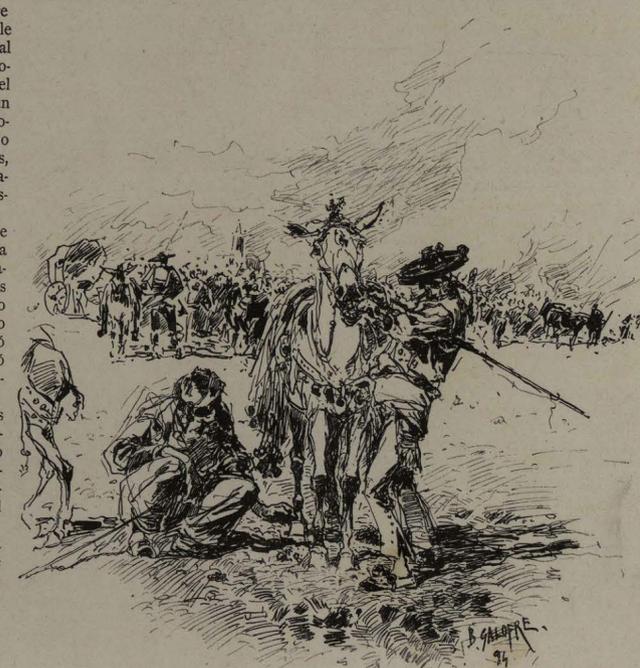
En este sentido, esto es, por su dominio del natural, Galofre tiene derecho á ser considerado algo así como el Zola de la pintura. Cuando la visión de la verdad es tan precisa, equilibrada, pronta; cuando se está en la posesión plena de todos los medios de reproducción, puede impunemente ejercer absoluto dominio en el reino del arte, como hace Galofre, que no en vano nació en aquella tierra singular donde con tanto fausto imperó Carlos V, pintó Velázquez con suntuosidad inusitada, derramó Lope de Vega su inspiración á raudales, y Cervantes los tesoros de su gracia.

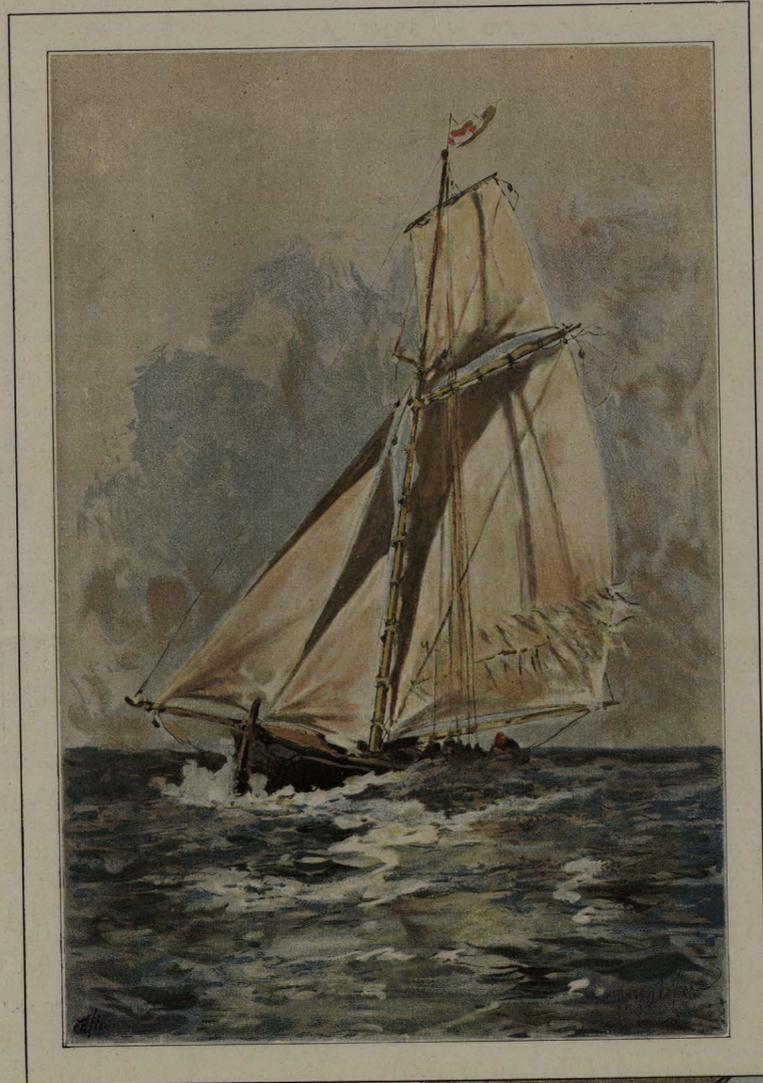
Reinan á la par en aquel país morisco los espectros y los ángeles, gitanos y soldadesca, el mundo de la hampa y del toreo. Este abigarrado conjunto hace que Galofre, aun siendo esencialmente modernista por la índole de su ingenio y cualidades de su cultura, no pueda substraerse á aquella magnificencia atávica, que es el gran prestigio histórico y artístico del bello y rico país hispano.

Por semejante razón, Galofre presenta en sus pinturas, á despecho de las modernas corrientes en que se baña, algo que recuerda siempre los antiguos esplendores de la España dominadora; obsérvese en ellas como el trasunto de grandiosa estirpe y liberal afinidad; siéntese que en aquel amasijo de tintes, igualmente vivaces y fulgurantes, en aquellas líneas amplias y seguras, está la herencia aristocrática y maravillosa de Veláz-

quez y de Ribera; adivínase al través de las delicadas resplandecencias del *Ave María*, que no en vano pintó el divino Murillo en aquella España, cuna de Galofre; considérase cómo caldearán la imaginación de los artistas los ardientes besos de las hijas de Andalucía, las deliciosas serenatas de Sevilla, las dulcísimas noches de Granada, las fascinadoras leyendas árabes, los soberbios blasones de Aragón y las grandezas y fastos burgaleses; piénsese, en fin, que la modernidad de Galofre no es la iconoclasta de venerandas tradiciones, del carácter etnográfico, de la personalidad nacional. Así y por tales conceptos renueva el milagro de Fortuny, cuya soberbia pintura abraza como una fascinación suprema de arte, la gloriosa poesía del Renacimiento con las radiantes visiones del porvenir.

Baldomero Galofre armoniza en sí todas estas exigencias, por su opulento numen, ardiente sentimiento patrio, amor inmenso al arte é ilimitada pasión por lo real en sus procedimientos. Por este motivo es uno de los más insignes pintores modernos: un auténtico *grande de España*. — G. M. SCALINGER.»





*Revista ilustrada (Buenos Aires, año 1897).*

« De los principales pintores con que el arte de España hoy cuenta, es sin duda alguna el catalán Baldomero Galofre.

Conocemos aquí mucho de la luz graciosa de Domingo, del color rico de Fortuny; y de los más modernos no nos son desconocidos los Palencia, los Lozoya, los Barbudo, etc. De Galofre no se conoce tanto, pero en lo poco que se le conoce se le estima altamente. Es este uno de los pintores españoles que más valía tienen en España y fuera de ella. Y en Alemania, país de alto gusto y fina crítica, es considerado como el primero. Como Fortuny, nació Galofre en Reus y está en la mitad de la vida. Catalán, catalanísimo, vale decir que no es la menor de sus condiciones una voluntad enérgica y firme que se transparenta en su obra asentada y segura, que le afianza su legítimo e innegable puesto de maestro. Cuentan sus biógrafos que desde niño tuvo comienzo su pasión artística, dejando ver ya su precoz infancia la áurea cosecha del futuro. Y cuentan que, desde aquellos primeros años, se veía ya en el artista la manifestación de un amor profundo e intenso por la naturaleza, y que se iba al campo á contem-



MARINAS

plarla más de cerca, y á bañarse en luz libre, y á interpretar el misterio de los colores, y á procurar asir el alma de las cosas. Y por impulso propio, poseído de una intuitiva visión, sin cortapisas ni guías, que suelen oponer las enseñanzas magistrales, halló su camino individual, y obtuvo con la frecuencia del manejo del útil, no solamente la iniciación en el arte verdadero y grande, sino también el comienzo de una obra personal y única que le asegura el elevado carácter con que hoy figura entre los artistas mundiales.

Fué de su provincia á la conquista de Madrid, y allí encontró propicio campo para la realización de sus ideales. De luchas y trabajos, pero también halagadores triunfos, fué su vida en la Corte. Después hizo el viaje á Italia. Y ya se sabe lo que es el viaje de Italia para un artista. Parece como que Italia ofreciera la consagración de la luz, no solamente por la virtud de su cielo, divinamente azul, y de su belleza natural y monumental, sino también por la profusa riqueza de sus museos y pinacotecas. Claro es que allí Galofre tuvo más de una revelación, que dió nuevo impulso á sus alas y nueva llama á sus entusiasmos.

¿Debemos decir qué, como talento superior, el joven artista tuvo que luchar con pequeñas miserias y naturales agresiones? Mas es de la raza de los fuertes, y su voluntad acorada y decidida ha vencido todos los obstáculos.

Ha dejado su labor al tiempo, y el tiempo le ha hecho justicia. Hoy en su pináculo desafia cualquier rivalidad.

Es Galofre vario, potente y fecundo. Domina en el blanco y negro, mas sus óleos se distinguen brillantemente, como sus acuarelas. Paul Leroi concentra en las siguientes líneas su juicio sobre Galofre: « La pintura al óleo y la pintura á la aguada comparten sus favores; posee una facilidad de factura extraordinaria, y marca como en fuego enormes acuarelas, ó traza con rapidez vertiginosa dibujo tras dibujo ».

Demás está decir, que Galofre vende sus cuadros á altos precios en



GARROCHERO